

Nueva Sociedad Nro. 170 Noviembre-Diciembre 2000, pp. 191-197

## Historia de la sensibilidad latinoamericana en siete capítulos y medio

**Boris Muñoz**

**Boris Muñoz:** periodista venezolano, cursante del posgrado en Literatura Latinoamericana de Rutgers University; autor, junto con José R. Duque, de *La ley de la calle. Testimonios de jóvenes protagonistas de la violencia en Caracas*, 1995.

Carlos Monsiváis: *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona, 2000, 254 páginas.

Una de las preguntas más perturbadoras para cualquier sociedad es cuáles son los rasgos que componen su fisonomía, cuál es la suma y la resta de manías, accidentes históricos, mitos y reflejos condicionados que definen su identidad. La dificultad se multiplica en el caso de una región diversa y compleja como América Latina y en la que, por añadidura, el tema de la identidad ha sido formulado hasta la tautología por las ópticas y disciplinas más disímiles. La moda de los estudios culturales ya ha gastado cantidades de papel equivalentes a miles de hectáreas de bosques en nombre de la identidad; sin embargo la pregunta persiste: ¿existe algo semejante a la identidad latinoamericana?

A lo largo de los siete capítulos de su libro, Carlos Monsiváis abre un nuevo espacio al discurso de la identidad a través de un enfoque novedoso (o quizá ya olvidado por el desuso) dentro del pensamiento latinoamericano: la historia de la sensibilidad. Esta es la primera particularidad de *Aires de familia*. Aunque el tema del libro no es nuevo, la agudeza de su pensamiento le permite a Monsiváis ensamblar una serie de *collages* en los cuales los latinoamericanos son mostrados como constructores de su propia sensibilidad. A contracorriente de la afición por los datos duros con que las ciencias sociales construyen lo real, *Aires de familia* elabora su versión de la identidad afincándose en la edificación de un canon de la sensibilidad hecho de apropiaciones de lo extranjero y hallazgos vernáculos, en cuya síntesis se produce lo latinoamericano.

Latinoamérica es hija del fracaso que pretendió fundarla: el proceso emancipador y el sueño de unidad geopolítica inspirado por el proyecto anfictiónico de Simón Bolívar. Desde ese punto de partida, la ambiciosa lectura se detiene en los hitos esenciales de la tradición regional. El imaginario latinoamericano es aquel territorio de la memoria colectiva que va de la independencia y la fundación de las culturas

nacionales (con su lucha arquetípica entre la civilización y la barbarie, naturalmente) hasta la aparición de nuevas identidades posmodernas originadas en la conjunción de las crisis nacionales y el largo proceso de americanización; de lo autóctono a lo popular, entendido como el producto de la cópula entre vida urbana e industria cultural; del paso de lo rural a la megaciudad y del rancho a internet.

Este libro es un inventario inagotable de referencias históricas, literarias, musicales, cinematográficas, políticas, poéticas, intelectuales, televisivas. Si el uso de recursos técnicos puede definir un estilo, la enumeración caótica sería en este caso una de las marcas de fábrica que recorren, de principio a fin, la escritura de Monsiváis. El efecto es una prosa torrencial y barroca en la que la interpretación se ejerce no solo en el análisis y el comentario sino, sobre todo, en la descripción como mecanismo capaz de revelar las paradojas y contradicciones en los ámbitos más disímiles del todo cultural. Sin esta voracidad, sin embargo, sería imposible un libro como este. Monsiváis aplica la mirada enciclopédica que lo ha convertido en el mayor cronista de México del siglo xx, una suerte de Balzac posmoderno, a su recuento. Los resultados son siempre perspicaces y por lo general inesperados. El trasfondo del libro es el lento avance de una sociedad hacia cierto estado de «madurez», caracterizada por la secularización y la consolidación de la sociedad civil. Para mostrar este proceso se indaga en el archivo de la memoria comunitaria. En otras palabras y aunque Monsiváis ha evitado escrupulosamente recurrir a la jerga académica, la materia que nutre al libro no es otra que el imaginario: los textos, tradiciones, valores morales, intelectuales y estéticos que en su continuidad constituyen ese estado de cosas denominado cultura. En su interpretación de la cultura el ojo del ensayista se sitúa en el punto de intersección exacta entre los relatos dominantes y el pensamiento crítico radical. En este punto no me parece exagerado afirmar que, continuando la fuerte tradición mexicana de un género que a falta de mejor denominación llamaremos ensayo secular, *Aires de familia* retoma la tarea dejada por Angel Rama en *La ciudad letrada* mientras que hace avanzar, dándole cuerpo y alma con un sinnúmero de ejemplos, las teorías de Néstor García Canclini en *Culturas híbridas*. Aunque se pueda cuestionar las inclusiones y exclusiones en este canon, a partir de este momento ningún estudio sobre las relaciones entre cultura e identidad podrá pasar por alto a *Aires de familia*.

### **Desmitifico, vuelvo a mitificar y luego existo**

Si hubiese que reducir los elementos de la sensibilidad latinoamericana a una sola cifra, esta sería, sin duda, el melodrama. Codificado como producto por la industria cultural, el melodrama encuentra su zona de expansión natural en el pueblo, visto por las elites dirigentes como lo típico y lo otro, «lo ajeno, únicamente dignificable si es paisaje o acatamiento de la tradición, desgraciado si es mera presencia, combativo si lo acorralan las circunstancias, dócil por lo común». En los primeros años del séptimo arte en América Latina, Hollywood es el modelo a seguir por las cinematografías nacionales. Esto se debe a la combinación de géneros que son una apuesta al público segura, al perfeccionamiento técnico y al músculo industrial

norteamericano. Sin embargo ya hacia los años 40, México, Argentina y Brasil se independizan (tímida y a veces patéticamente) de las fórmulas hollywoodenses. De este modo, no solo consolidan sus propios patios sino que también nacionalizan argumentos y gestos, y exportan logros y desaciertos encarnados en mariachis, tangos y sambas que van irrigando las pantallas, del sur del río Grande a la Patagonia, con heroínas que derraman lágrimas de amor prohibido, sangrientos duelos entre compadritos y una comicidad de humor grueso. Sin embargo, el melodrama no es solo una fórmula del *showbusiness*. Con su culto del exceso y su falta de sentido del ridículo, es el elemento que desborda los medios para instalarse en la misma raíz de producciones musicales y literarias de autores de solvencia incuestionable para de este modo convertirse en el *kitsch* transgresor, «un espejo de las falsas virtudes y genuinas debilidades de la sociedad».

Lo popular nace de la relación entre vida urbana e industria cultural. «Por momentos lo popular es el sentimiento imposible de distinguir del sentimentalismo.» Pero si, en el ámbito masivo, el cine es el primer vehículo cohesionador y formador del gusto, enseguida lo sigue la radio y lo desplaza la televisión con su producto más vernáculo: la telenovela. El objetivo no tan oculto: alcanzar «la simbiosis pantalla-realidad».

Al intentar ver más allá del *zeitsgeist* o espíritu de los tiempos, la mirada del ensayista recorre las trazas comunes que, bajo múltiples envolturas, persisten a través de la historia. Si la industria cultural opera como un mecanismo para el establecimiento de las pautas del consumo, el espíritu de las naciones latinoamericanas se afianza en el culto a los héroes. Algunos personajes semidivinos: Bolívar, San Martín, Máximo Gómez, Hidalgo, el subcomandante Marcos y un extenuante etcétera. El repaso del pasado épico y su hagiografía es entonces uno de los ejes ordenadores de las actitudes cívicas. Así, la historia es el «sinónimo de la memoria vencedora o de los libros de texto del porvenir». Pero los héroes son mejores si el final de su vida coincide con el de las novelas decimonónicas y mueren tuberculosos y vituperados a causa de su poder profético (Bolívar), abaleados en el campo de batalla (José Martí), en una emboscada a manos de un sargento anodino (el Che Guevara) o traicionados por su lugarteniente (Salvador Allende) porque, de este modo, su ejemplo aviva nuestro sueño siempre aplazado: la utopía de la unidad latinoamericana.

No es extraño que la veneración a los héroes y los símbolos desemboque con frecuencia pesadillezca en la figura del hombre fuerte y, por tanto, en la asfixia de los avances de la democracia. En el terreno de la política, el dato compartido es el largo viaje, contra viento y marea, del pueblo hacia la sociedad civil y la ciudadanía, con toda la carga de responsabilidad y deber cívico que ello supone.

No está equivocado el ensayista al implicar que los deportistas y las estrellas del espectáculo ocupan hoy el lugar preeminente que tuvieron los próceres. Al secularizarse la épica patria el heroísmo sobrevive trasmutado en espectáculo y ciertos ídolos surgen del desplazamiento de la mitología histórica a la cotidiana.

De allí el papel central que juega la industria del espectáculo en la hechura de las mitologías contemporáneas.

### **Keywords**

Una de las raras virtudes de *Aires de familia* es la de ser una densa red tejida en múltiples niveles. Por un lado, la industria cultural se entrecruza con la historia oficial; por el otro, las narrativas maestras, como por ejemplo el conflicto entre civilización y barbarie, la búsqueda de la modernidad, el culto al progreso, el proyecto revolucionario y el *dictum* del neoliberalismo y la globalización se entrecruzan con la sensibilidad artística, las modas intelectuales, los episodios de la historia, las veleidades del *showbusiness* y el cambio en las tradiciones y los valores morales. El resultado es la historia sometida a la vertiginosa mecánica de la caja china en la que lo alto remite a lo bajo, el futuro al pasado, la tradición a la transgresión, en un todo que multiplica la suma de sus partes.

En tiempos de secularización y globalización, nada ilustra mejor los vaivenes de la comunidad imaginada como la arqueología de las consignas afortunadas e infelices que, a modo de eslóganes publicitarios, dibujan el perfil de lo que hemos sido, somos y queremos ser. «He arado en el mar» (Simón Bolívar), «Por mi raza hablará el espíritu» (José Vasconcelos), «Justicia social, soberanía política e independencia económica» (Juan Domingo Perón), «Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada» (Fidel Castro), «Torres de Dios, poetas, pararrayos celestes» (Rubén Darío), «Latinoamérica ha llegado tarde al banquete de la civilización occidental» (Alfonso Reyes), «Tranquilo espero el juicio de la Historia» (todos los gobernantes de dudoso prontuario), «No se podrá vivir sin conectarse a la red» (proverbio contemporáneo).

En ese sentido, la interpretación de la cultura se abre paso entre la retórica de la identidad, para encontrar en la diversidad los vínculos reconocibles más allá de las fronteras nacionales, trascendiendo por esa vía las categorizaciones *à la mode* y los chovinismos que no hacen más que reforzar la ignorancia recíproca.

Hay otro tema recurrente: el paso de lo rural a lo urbano. En este libro, como en casi toda la obra de Monsiváis, la ciudad es vista como un vasto teatro donde se ponen de relieve los más insólitos contrastes de la comedia humana y donde lo urbano es el palimpsesto de ciudades en el cual ocurren las transformaciones de largo aliento en las instituciones formativas como la familia, el lenguaje y la religión. Sin perder nunca el sentido paródico, Monsiváis ve en la ciudad latinoamericana un retrato fatal del destino de sus pueblos. Sin embargo, aunque el cúmulo de las calamidades imaginables consagra un modo de vida posapocalíptico, la ciudad es al mismo tiempo uno de los pocos espacios donde aún es posible salir de la circularidad de la vida individual para reinventar el sentido de comunidad.

## Gateando voy hacia la diversidad

Un punto de parada obligatorio en este mapa de la identidad es el de las migraciones del gusto, es decir de la lenta superación de las tradiciones opresivas y el autoritarismo hacia la progresiva secularización de la sociedad. El modernismo tiene un impacto incuestionable más allá del ámbito de sus lectores inmediatos, la elite letrada. Su renovación estética introduce temas y formas de expresión que expanden la sensibilidad de un amplio sector de la sociedad. Pero la verdadera aceleración en el cambio de los valores instituidos por las jerarquías morales y religiosas, ocurre a partir de los años 40, en parte gracias a la participación política de la mujer en el espacio público. Aquí los medios de comunicación juegan un papel generalmente subestimado por los intelectuales. Mientras el cine preside el inicio de estas transformaciones, la televisión representa el punto climático. Pese a ser uno de sus críticos más acervos, la perspectiva adoptada por Monsiváis hacia la televisión no es nada purista sino un diálogo conflictivo en el que se ataca la protección de los atavismos y las complicidades con el poder político pero a la vez se evalúan las contribuciones al ensanchamiento del universo cultural y se aplauden los chispazos (escasos, eso sí) de la creatividad. Aunque la modernización impulsada por la televisión desemboca en la hipertrofia de la sociedad de consumo y en el reforzamiento de estereotipos, es imposible negar su efecto en las profundas transformaciones de la práctica social. Gracias a ella hoy, por ejemplo, se habla de la homosexualidad, el sida y el aborto sin temor a la inquisición. De las telenovelas al *Show de Cristina*, en *Aires de familia* la televisión –plaza de las emancipaciones microfísicas– es el espacio donde se revela la mutación de las conductas individuales y de género, la caída de los tabúes y los tótems, la actualización de los valores y la apertura hacia el ejercicio de una ciudadanía que se configura y modifica en el contacto con la industria cultural.

## El fin de la historia o la vigencia de la utopía

En el siglo xx la vida latinoamericana ha consistido en gran parte en la resistencia a la alternativa única, que extingue opciones con ferocidad ... pero las antiguas quejas y lamentos proverbiales ya no operan, disueltos en la ironía posmoderna.

Por amarga que suene esta reflexión, en ella se sintetiza el dilema del presente latinoamericano. El progresivo deterioro del sueño inspirado por la Revolución cubana, el fracaso del socialismo real y la corrupción de los gobiernos republicanos dejaron a Latinoamérica sumida en una profunda depresión y a merced de la ideología del mercado. El resultado: en 15 años la región triplicó el monto de su deuda externa y hoy en día 200 millones de seres humanos malviven con menos de dos dólares al día. Pese a que no hay evidencias que sustenten un cambio a corto plazo, al examinar los movimientos de flujo y reflujo de la globalización, la conclusión de *Aires de familia*, aunque muy lejos del final feliz, apunta a un optimismo moderado.

¿Por qué? Mientras los heraldos de la globalización parecen proclamar: «El fin de la historia, anhelado momento de ataraxia tribal, está a la vuelta de la esquina. ¡Solo nos queda exterminar a tres mil millones de pobres!», las fracturas crecientes del totalitarismo corporativo dejan ver nuevas formas de asociación ciudadana, el progresivo reconocimiento de la diversidad y la alteridad y la consolidación, todavía muy incipiente, de la sociedad civil.

¿Qué se vislumbra a principios del siglo XXI latinoamericano? ¿Qué novedades y alicientes ofrece el paso de lo pop-nacional al New Global Border? A la urgencia de vencer la apatía e imaginar un porvenir distinto a este presente de desigualdades sacralizadas, se añade la necesidad de profundizar la democracia y de fundar un proyecto educativo que trascienda las nociones instrumentales para que educación y cultura sean entendidos como términos equivalentes. El otro aspecto es la conversación con Estados Unidos. Desde el Tratado de Guadalupe-Hidalgo en 1848 y la guerra contra España de 1898 hasta nuestros días, EEUU ha sido imaginado como el Gran Otro de América Latina, la entidad capaz de producir simultáneamente terror y fascinación. Las posibilidades enriquecedoras y los peligros que entraña esa relación es una las vértebras principales de *Aires de familia*. Lo que unos llaman globalización, y otros americanización a secas, representa no solo la entrega incondicional a la ideología del mercado, sino también la renovación en marcha de la cultura latinoamericana. Quizá por ello, al final de su ensayo Monsiváis le concede un comentario destacado a las mutaciones que ha sufrido la diáspora latinoamericana en su contacto con EEUU. «*Cristina* (el *talk-show* producido en Miami) representa las fisuras de la moral autoritaria. Y este derrumbe de inhibiciones que cunde entre los hispanos de EEUU, de alguna manera es vanguardia del comportamiento en el universo latinoamericano.» El canon debe quedar abierto. Sin embargo, si las mutaciones que oscilan entre lo local y lo global, con sus respectivas renunciaciones y adquisiciones de uno y otro lado, son la profecía del futuro vale la pena plantearse otra vez la pregunta: ¿tiene algún sentido seguir hablando de identidad latinoamericana?